

Comprender y curar. Philippe Pinel (1745-1826). La medicina de la mente

*Biblioteca de Psicología, Psiquiatría y Psicoanálisis
Fondo de Cultura Económica
México, 439 págs., 2002*

Dentro de la benemérita biblioteca que dirige en el FCE el doctor Ramón de la Fuente, y cuyo catálogo contiene algunas obras clásicas de la historia de estas disciplinas, ha aparecido recientemente la traducción castellana del libro de Dora B. Weiner, investigadora de la Universidad de California, en Los Angeles, que publicó en francés, en 1999, la editorial parisina Fayard dentro de la colección "*Penser la Médecine*", dirigida por Mirko Grmek y Bernardino Fantini.

Como afortunado traductor de esta obra erudita debo decir que pocas veces un texto fue más agradable de leer que éste. Además, no tengo empacho en confesar que yo, que me eduqué desde los años sesenta del siglo recién concluido dentro de la tradición psiquiátrica francesa, aprendí en las páginas de Dora B. Weiner lo que no había encontrado en otras lecturas sobre el tema. La distinguida historiadora norteamericana emprendió una empresa hercúlea que la condujo más allá que sus múltiples predecesores, pues no sólo revisó las fuentes originales sino prácticamente toda la bibliografía políglota generada en dos siglos, que no estuvo al alcance de éstos.

Decir algo original sobre un personaje tan estudiado es una proeza que la autora cumple con gran rigor. Para todos los psiquiatras, Pinel ha significado a lo largo del tiempo, como Pasteur para la microbiología, la figura fundante, tutelar, epónima. Como una continuación de esos patriarcas de la Historia Sagrada de nuestras infancias, que eran hombres de una sola pieza, en él veíamos unidas la *Fraternité* de la *Révolution* llevada al grado de la extrema bondad, la sapiencia del Siglo de las Luces que fecundó y democratizó la ciencia moderna, y uno de los pilares más sólidos de ese monumento que fue la medicina francesa de los siglos XIX y XX.

Todo esto es, por supuesto, verdad; pero la mayoría de los especialistas no era plenamente consciente de que la imagen de este héroe había pasado del nivel

propriadamente histórico al de la hagiografía, que el personaje se había convertido en una leyenda, en un mito, en algo alejado, gracias a ese movimiento de devoción extrema (una especie de *bondieuserie* laica) orquestada por Casimir Pinel y por Semelaigne, del resto de los psiquiatras franceses con sus sucesivos avatares de "purgatorios" y "resurrecciones".

Fue necesario el saludable choque que generó la obra de Michel Foucault sobre la historia de la locura, con todas las injusticias y visiones sesgadas que contiene, para que tanto los especialistas como los historiadores de la psiquiatría y de las mentalidades renovaran su interés en el tema e intentaran una nueva visión de conjunto de un pasado que era bastante más complejo que lo que explicaban hasta entonces los textos tradicionales. Podemos mencionar como ejemplo a "La Nueva Historia de la Psiquiatría", coordinada por Jacques Postel y Claude Quérel, cuya primera edición fue en 1983 y que fue publicada en traducción al español en 1987, en el Fondo de Cultura Económica. Un grupo de 46 autores inició allí la ruptura con esa tradición beatífica que ejemplifica muy bien el libro de Henri Baruk "*La Psychiatrie Française de Pinel à nos jours*". La obra de Postel y Quérel mereció una segunda edición francesa en 1994, con 48 autores internacionales, la que fue también traducida en la misma editorial mexicana, el año 2000.

En septiembre de 1988, en *Les Journées de Castres*, un grupo de especialistas europeos se reunió para analizar la vida y obra de *ce grand bonnête homme*. La visión del análisis histórico más riguroso se codea allí con el canto de cisne de la visión apologética. A partir de esa época, como por lo demás ocurrió en ocasión del centenario de la muerte de Pasteur, se levantaron varias voces que intentaron discutir, si no el valor de la obra pineliana, sí su originalidad, poniendo en tela de juicio esa condición inmaculada de santo laico al que lo habían constreñido historiadores y pintores. ¿Por qué ata-

có a Chiarugi, que le había precedido? ¿Por qué ignoró a Daquin? ¿Cuál era la real aportación que había hecho el enfermero Pussin para el tratamiento moral de la locura?, fueron algunas de las cuestiones planteadas. Pero este movimiento iconoclasta resultó muy saludable para conocer realmente la vida y la obra del ciudadano Pinel.

Cuando la *Biological Psychiatry*, preponderantemente anglófona, y sus epígonos a lo largo y ancho del mundo han dejado de leer y de citar a los autores franceses, cuando se proclama que las aportaciones de las neurociencias están construyendo una psiquiatría verdaderamente científica, y que el nuevo paradigma que de esto surge ha introducido a la psiquiatría por fin dentro del campo de la medicina, la obra de Weiner nos revela, como una corriente de aire fresco, con detalles inéditos y con una acuciosidad de detective inglés, la formación personal y el proceso intelectual que condujeron a Pinel a la elaboración de su obra original. El alienismo sólo pudo nacer tras largos años de

práctica rigurosa de la ciencia biológica y de la medicina clínica. No es posible entender la obra pineliana fuera de la evolución científica, médica y política de su tiempo. Weiner nos revela además (cosa que había quedado un poco escotomizada por los autores franceses) cuánto debía Pinel a las entonces modernas escuelas médicas escocesa e inglesa. [Recordemos, de paso, como gustan hacer los británicos, que la Carta Magna, de 1215, precedió en más de 500 años a la “Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano”, y que Carlos I perdió la cabeza 144 años antes que Luis XVI].

El libro de la doctora Weiner constituirá a partir de ahora una obra de referencia indispensable. De su lectura surge, vívido y palpitante, un nuevo Pinel de una actualidad sorprendente y de una humanidad conmovedora. Al concluir el libro de Weiner, Pinel ya no será el mismo. Ni nosotros tampoco.

(Héctor Pérez-Rincón)